



TIEMPOS MODERNOS

TONI MORRISON

LA CANCIÓN
DE SALOMÓN

TRADUCCIÓN
CARMEN CRIADO

UN CLÁSICO DE LA LITERATURA
CONTEMPORÁNEA

Entre la fantasía mítica y la cruda realidad de los guetos negros en los años sesenta, narra la historia familiar, a lo largo de tres generaciones, de un próspero hombre de negocios que ha tratado de ocultar sus orígenes para integrarse en la sociedad blanca.

Pese a todos sus esfuerzos, su hijo decide tomar el camino opuesto. Lejos de rehuir a sus iguales como hizo su padre, entrará en un círculo de gente dispuesta a reaccionar contra la violencia de los blancos y emprenderá un viaje en busca de un tesoro que habrá de conducirle a los orígenes de su raza.

Los padres remontarán el
vuelo
y los hijos conocerán sus
nombres

PRIMERA PARTE

1

El agente de la Mutualidad de Seguros de Vida de Carolina del Norte había prometido volar desde el Hospital de la Misericordia hasta la orilla opuesta del Lago Superior a las tres en punto. Dos días antes de que tuviera lugar el acontecimiento, clavó una nota en la puerta de su casita amarilla:

A las tres de la tarde del miércoles 18 de febrero de 1931, despegaré del Hospital de la Misericordia y volaré con unas alas de fabricación propia. Por favor, perdonadme. Os quise a todos.

(firmado)

ROBERT SMITH

Agente de Seguros

El señor Smith no atrajo una multitud semejante a la que había reunido Lindbergh cuatro años antes —no acudieron a presenciar el suceso más de cuarenta o cincuenta personas— porque nadie leyó la nota antes de las once de la mañana del mismo miércoles que había elegido para volar. A las once de un día laborable las noticias se transmitían de boca en boca con increíble lentitud. Los niños estaban en el colegio, los hombres trabajando, y las mujeres abrochándose el corsé y preparándose para ir a averiguar qué despojos y qué entrañas estaría dispuesto a regalar aquella

mañana el carnicero. Sólo se hallaban presentes los parados, los que trabajaban por su cuenta, y los críos, unos deliberadamente, porque habían oído hablar del acontecimiento, y otros accidentalmente, porque acertaron a pasar en aquel preciso momento por el extremo norte de la calle No Médico, nombre no reconocido por la oficina de Correos de la localidad. En los planos figuraba con el nombre de Avenida Mains, pero cuando en 1896 se instaló en ella el único médico de color que había conocido la ciudad, sus pacientes, ninguno de los cuales vivía ni en la avenida ni en sus alrededores, dieron en llamarla calle del Médico. Después, cuando fueron a vivir allí otros muchos negros y cuando el correo comenzó a constituir un medio de comunicación normal entre ellos, empezaron a llegar a la oficina postal cartas procedentes de Luisiana, Virginia, Alabama y Georgia dirigidas a tal o cual número de dicha calle. Los empleados de Correos las devolvían a sus destinatarios o las enviaban al Archivo de Cartas Perdidas. Cuando en 1918 llamaron a filas a los hombres de color, varios de ellos dieron como dirección en la oficina de reclutamiento la calle del Médico, con lo que tal nombre llegó a adquirir reconocimiento casi oficial. Pero tal situación no había de durar mucho tiempo. Varias autoridades municipales, que cuidaban por participación política del mantenimiento de los monumentos y la defensa del nombre de cada una de las calles de la ciudad, aplicaron todo su celo a evitar que la denominación de calle del Médico pasara a ser oficialmente reconocida. Sabedores de que los que mantenían el apelativo eran los habitantes de la zona sur de la ciudad, fijaron en tiendas, barberías y restaurantes de aquellos barrios unos carteles en que se afirmaba que la avenida que corría de norte a sur desde el paseo de la Ribera, que bordeaba el lago hasta la confluencia de las carreteras 6 y 2 de Pensilvania paralelamente a las avenidas Rutheford y Broadway, era y sería siempre conocida con el nombre de calle Mains y no Médico.

Aquel cartelito zanjó definitivamente la cuestión, pues permitió a los residentes de los barrios del sur mantener vivos sus recuerdos y complacer al mismo tiempo a las autoridades municipales. Desde entonces se llamó definitivamente calle No Médico y con el tiempo se dio en llamar igualmente Hospital de la No Misericordia al establecimiento de caridad que se alzaba en el extremo norte de la calle, ya que sólo en 1931, al día siguiente de que el señor Smith saltara desde su cúpula, se permitió que una mujer de color diera a luz en su interior y no en las escaleras de la entrada. La generosa actitud de los administradores del hospital con respecto a aquella mujer no se debió al hecho de que fuera precisamente la única hija del mencionado doctor, el cual no había disfrutado en toda su vida de los privilegios que ofrecía dicho centro ni había visto admitidas en él más que a dos de sus pacientes, blancas ambas. Por otra parte, aquel médico había muerto mucho antes de 1931. Probablemente fue el hecho de que el señor Smith saltara desde aquel tejado lo que les impulsó a admitirla. En cualquier caso, contribuyera o no la fe del agente de seguros en que podía volar a determinar el lugar en que se desarrollara el parto, lo cierto es que sí influyó en determinar el momento en que tuvo lugar el suceso.

Cuando la hija del fallecido médico vio al señor Smith aparecer tras la cúpula tal y como había prometido, con las enormes alas de seda azul curvadas en torno al pecho, soltó la gran canasta que llevaba al brazo salpicando el suelo de pétalos de terciopelo rojo. El viento los arrastró hacia arriba primero, hacia abajo después, para depositarlos finalmente sobre los pequeños montones de nieve. Sus hijas, apenas crecidas, corrieron a recogerlos mientras la madre gemía abrazada a su vientre. El revuelo de los pétalos atrajo más atención que los gemidos de la embarazada. Todos sabían que las niñas habían pasado horas enteras dibujando, cortando y cosiendo aquel preciado tejido, y que los

Almacenes Gerhardt no dudarían en rechazar cualquier flor que presentara la más ligera mancha.

Por unos momentos, la escena fue alegre y pintoresca. Los hombres ayudaron a recuperar los trocitos de terciopelo rescatándolos de un remolino de viento o reuniéndolos delicadamente del suelo antes de que la nieve los empapara. Los niños no sabían si mirar a aquel hombre del tejado envuelto en seda azul, o a los círculos rojo vivo que salpicaban el suelo. El dilema se resolvió por sí mismo cuando una mujer entonó de pronto una canción. Estaba de pie a espaldas del grupo y la pobreza de su indumentaria contrastaba con la elegancia de la hija del médico. Vestía esta última un buen abrigo de color gris con el tradicional lazo de embarazada en el vientre, un sombrero *cloche* negro y unos botines de goma abotonados. La mujer que entonaba su canción llevaba gorra de lana azul marino calada hasta media frente e iba envuelta en un edredón que hacía las veces de abrigo. Con la cabeza ladeada y los ojos fijos en el señor Smith, cantaba con poderosa voz de contralto:

*El hombre de azúcar voló,
el hombre de azúcar se fue,
el hombre de azúcar surcó los cielos,
el hombre de azúcar llegó al hogar...*

Del medio centenar de personas que se habían congregado en aquel lugar, unas cuantas comenzaron a darse codazos y otras a reír disimuladamente. Las había también que escuchaban con atención, como si se tratara de ese fondo de piano definidor y explicativo que acompaña a las películas mudas. Así permanecieron durante algún tiempo, incapaces de detener al señor Smith y atentas a los acontecimientos que les rodeaban, hasta que salieron los empleados del hospital.

Habían estado mirando por las ventanas con una vaga curiosidad que fue transformándose en temor conforme el grupo creció hasta llegar a la verja del hospital. Se preguntaban si se trataría de un motín organizado por uno de aquellos que animaban a la rebeldía a la gente de color. Pero cuando vieron que no había ni pancartas ni oradores, se aventuraron a salir al frío exterior cirujanos de bata blanca, oficinistas de traje oscuro y tres enfermeras de uniforme almidonado.

La visión que ofrecía el señor Smith con sus enormes alas azules, la mujer que cantaba y los pétalos de rosa esparcidos por el suelo, los dejó paralizados durante unos segundos. Por la mente de algunos de ellos cruzó la idea de que se trataba de algún extraño rito. Al fin y al cabo, Filadelfia, donde se rendía culto al Divino Padre, no estaba tan lejos. Quizás aquellas dos niñas, que llevaban cestos llenos de flores, fueran dos de sus vírgenes. Pero la risa de un hombre que lucía varios dientes de oro les devolvió a la realidad. Dejaron de soñar despiertos y se dedicaron a la tarea de imponer el orden. Sus gritos y apresuradas idas y venidas trajeron la confusión a donde momentos antes sólo había una mujer que cantaba y unos hombres y unas niñas jugando con trocitos de terciopelo.

Una de las enfermeras, guiada por el afán de imponer algo de orden en aquel caos, inspeccionó los rostros que la rodeaban hasta dar con el de una mujer tan fornida que parecía capaz de mover la tierra si se lo propusiera.

—Oiga usted —le dijo acercándose a ella—. Estos niños ¿son suyos?

La mujer volvió la cabeza lentamente con las cejas levantadas ante la brusquedad de la que así le hablaba. Al ver de quién procedía la voz, bajó las cejas y veló la mirada.

—Diga, señora.

—Mande a uno de ellos a la sala de urgencias. Que le diga al guarda que venga inmediatamente. Que vaya éste.

Este mismo. —Señaló a un niño de ojos de gato y unos cinco o seis años de edad.

La mujer deslizó su mirada a lo largo del dedo de la enfermera y la fijó en el niño a quien señalaba.

—Es Guitarra, señora.

—¿Qué?

—Guitarra.

La enfermera miró a la mujer como si le hubiera hablado en chino. Luego apretó los labios, volvió a mirar al niño de mirada gatuna, y, entrelazando los dedos, le habló con lentitud:

—Escucha bien. Ve a la parte de atrás del hospital, a la oficina del guarda. En la puerta verás que dice Urgencia-Recepción. R-E-C-E-C-I-Ó-N. Pero le encontrarás allí. Dile que venga inmediatamente. ¡Vamos! ¡Corre!

Desentrelazó los dedos e hizo un ademán ondulante rechazando con las manos el aire invernal.

Un hombre vestido con traje marrón se acercó a ella transformando su aliento en una sucesión de nubecillas blancas.

—Los bomberos vienen hacia acá. Vuelva adentro. Aquí va a helarse.

La enfermera asintió.

—Se ha comido una P, señora —dijo el niño. Hacía poco que había llegado al Norte y acababa de aprender que se podía responder a un blanco. Pero la enfermera ya había desaparecido frotándose los brazos para protegerse del frío.

—Abuelita, se ha comido una P —dijo el niño.

—Y un «por favor».

—¿Crees que saltará?

—Un loco es capaz de todo.

—¿Quién es?

—Un agente de seguros. Un chiflado.

—Y ¿quién es la señora que canta?

—Ésa, hijo mío, es lo peor de la canción sureña.

Pero sonrió al mirarla y así, pues, el niño se aplicó a escuchar la interpretación musical con un interés equivalente al que dedicaba al hombre que agitaba sus alas en el tejado del hospital.

La concurrencia empezó a mostrar cierto nerviosismo cuando se corrió la voz de que habían avisado a la autoridad. Todos conocían al señor Smith. Les visitaba dos veces al mes para reclamar un dólar sesenta y ocho centavos y estampar en una tarjetita amarilla la fecha y el comprobante del cobro de los ochenta y cuatro centavos de su cuota semanal. Siempre pagaban con retraso, asegurando que era la última vez que ocurría, no sin antes mantener una breve discusión sobre por qué había vuelto tan pronto.

—¿Ya está aquí otra vez? Pero si me libré de usted hace nada...

—Estoy harta de verle la cara. Harta.

—Lo sabía. En cuanto consigo ver un par de monedas juntas, aparece usted. Es más puntual que la muerte. ¿Sabe Hoover de su existencia?

Le gastaban bromas, se reían de él, y ordenaban a sus hijos que dijeran que estaban enfermos o en Pittsburgh. Pero conservaban aquellas tarjetitas amarillas como si significaran algo. Las guardaban cuidadosamente en unas cajas de zapatos junto con el recibo del alquiler, el certificado de matrimonio, y distintivos ya caducados que en otros tiempos sirvieron para identificar a los obreros de las fábricas. El señor Smith pasaba por todo con la sonrisa en los labios y la mirada fija casi permanentemente en los pies de sus clientes. Llevaba traje y corbata porque así lo requería su trabajo, pero su casa no era mejor que la de aquéllos. Nadie le había conocido nunca mujer alguna y en la iglesia no abría la boca si no era para pronunciar algún que otro «amén». Jamás había pegado a nadie y no salía de noche, por todo lo cual se le consideraba persona decente. Pero se le relacionaba estrechamente con la enfermedad y con la muerte, aunque ni la una ni la otra se distinguían claramen-

te en el dibujo marrón del edificio de la Mutualidad Aseguradora que figuraba al dorso de las tarjetas amarillas. Saltar desde el tejado del Hospital de la Misericordia era lo más interesante que había hecho jamás el señor Smith. Nadie le había considerado capaz de hacer una cosa así. Lo que demostraba, como se susurraban los unos a los otros, que en realidad nunca se conoce a la gente.

La mujer dejó de cantar y, tarareando en voz baja su tonada, se abrió paso entre el grupo para acercarse a la dama de los pétalos de rosa, que continuaba acunándose el vientre.

—Deberías abrigarte bien —le susurró al oído al tiempo que le tocaba ligeramente el hombro—. Por la mañana habrá llegado un pajarito.

—¿Si? —dijo la dama de los pétalos de rosa—. ¿Mañana por la mañana?

—No creo que haya otra antes.

—No puede ser —dijo la dama de los pétalos de rosa—. Es demasiado pronto.

—No. Es cuando le corresponde.

Las dos mujeres se miraban fijamente a los ojos, cuando un sordo rumor, una especie de «¡Ooooh!» ondulante, se elevó de entre la multitud. El señor Smith había perdido el equilibrio y trataba de aferrarse gallardamente a un triángulo de madera que sobresalía de la cúpula. Inmediatamente después la mujer empezó a cantar:

*El hombre de azúcar voló,
el hombre de azúcar se fue...*

Allá, en el centro de la ciudad, los bomberos se vestían apresuradamente, pero cuando llegaron al Hospital de la Misericordia, el señor Smith había visto los pétalos de rosa, había oído la música, y había saltado al vacío.

Al día siguiente vino al mundo el primer niño de color que naciera en el Hospital de la Misericordia. Las alas azules del señor Smith debieron dejar en él su huella porque cuando a los cuatro años descubrió lo que ya había comprobado su predecesor, es decir, que sólo pueden volar los pájaros y los aeroplanos, perdió todo interés por sí mismo. Tener que vivir privado de ese don le entristeció de tal modo y dejó su imaginación tan empobrecida, que desde entonces le juzgaron aburrido aun las mujeres que no odiaban a su madre. Las que sí la odiaban, las que aceptaban sus invitaciones a tomar el té y le envidiaban el oscuro caserón del doctor con sus doce habitaciones y el coche de color verde, decían que era un niño «raro». Las otras, las que sabían que aquella casa era más una prisión que un palacio y que el Dodge se utilizaba solamente para paseos dominicales, compadecían a Ruth Foster y a sus hijas y decían que era un niño «profundo» y hasta misterioso.

—¿Nació con la membrana?

—Debías haberla secado para hacer con ella una infusión y dársela a beber al niño. Si no, verá fantasmas.

—¿Tú crees en esas cosas?

—No, pero es lo que dicen los viejos.

—No se puede negar que es un niño muy profundo. Mírale los ojos.

Mientras que con ayuda de la lengua se despegaban del paladar trozos de bizcocho de canela, miraban una y otra vez los ojos del muchacho. Él aguantaba todo lo que podía hasta que, tras dirigir a su madre una mirada de súplica, se le permitía abandonar la habitación.

Requería cierta destreza salir del salón, bañada la espalda por el murmullo de las voces, abrir las pesadas puertas que conducían al comedor, deslizarse escaleras arriba y pasar junto a los dormitorios sin despertar la atención de Lena y de Corintios, que permanecían sentadas, como dos enor-

mes peponas, ante una mesa rebosante de pétalos de terciopelo rojo. Sus dos hermanas confeccionaban rosas por las tardes. Unas rosas brillantes, inertes, rosas que dormían en cestos durante meses y meses hasta que el representante de Gerhardt enviaba a Freddie, el conserje, a decirles que necesitaban otras doce docenas. Si efectivamente conseguía librarse de la malicia de sus hermanas escurriéndose sin atraer su atención, se arrodillaba en la repisa de la ventana de su habitación preguntándose una y otra vez por qué no podía volar. El silencio que bañaba a aquella hora la casona del doctor, quebrado sólo por el murmullo de las mujeres que comían bizcochos de canela, no era más que eso, silencio. No podía ser paz porque iba siempre precedido y terminado por la presencia de Macon Muerto.

Duro, violento, dispuesto siempre a estallar sin previo aviso, Macon mantenía a todos los miembros de la familia sumidos en el temor. El odio que sentía por su mujer fulgía y centelleaba en cada palabra que le dirigía. El desencanto que le habían producido sus hijas se cernía sobre ellas como ceniza, empañando su tez lustrosa y cercenando el deje alegre que de otro modo hubiera animado aquellas voces infantiles. Bajo el gélido calor de su mirada sus hijas tropezaban en los umbrales de las puertas y vaciaban el salero entero en las yemas de los huevos escalfados. El modo en que su padre mutilaba diariamente su gracia, su ingenio, su estimación propia, constituía el único acontecimiento de sus vidas. Sin la tensión y la tragedia que él provocaba no habrían sabido qué hacer con sus días. En su ausencia se inclinaban sobre trocitos de terciopelo rojo esperando ansiosamente su vuelta, mientras que su madre, Ruth, despertaba sumida en la quietud provocada por el odio de su marido y se acostaba consumida totalmente por esa pasión.

Cuando cerraba la puerta tras la última de sus invitadas y moría en sus labios la callada sonrisa, comenzaba la preparación de aquellas comidas que su marido hallaba indefectiblemente imposibles de comer. No es que las hiciera

intencionadamente nauseabundas; es que no sabía hacerlas de otra manera. De pronto se daba cuenta de que el bizcocho estaba demasiado amazotado para ponérselo en el plato, y decidía hacer un postre de leche cuajada. Pero tardaba tanto en picar la carne para el pastel, que no sólo se olvidaba de guisar el cerdo y decidía rociar en cambio la carne con grasa de bacon, si no que además se encontraba con que no le quedaba tiempo para hacer el postre. Ponía luego la mesa precipitadamente. Mientras desplegabla el mantel de lino blanco y lo hacía ondear sobre la mesa de fina caoba, miraba una vez más la gran mancha de humedad. Nunca ponía la mesa ni pasaba por el comedor sin dedicarle una mirada. Como el farero irresistiblemente atraído a la ventana para mirar una vez más el mar, o el prisionero que busca automáticamente el sol al salir al patio para su hora de ejercicio, Ruth buscaba con la vista aquella mancha varias veces al día. Sabía que estaba allí, que estaría siempre allí, pero necesitaba asegurarse de su presencia. Como el preso o el farero, veía en aquella mancha una especie de mojón, un punto de referencia, un objeto estable que le aseguraba que el mundo seguía existiendo, que su vida no era un sueño. En algún lugar en su interior seguía viva, y la prueba de ello radicaba solamente en que una cosa que conocía íntimamente siguiera existiendo ante su vista, fuera de su persona.

Aun en la cueva del sueño, sin soñar con ella, sin pensar en ella siquiera, seguía sintiendo su presencia. Hablaba incansablemente con sus hijas y sus invitadas acerca de cómo hacerla desaparecer, de que podría borrar aquella única mácula de la espléndida superficie de madera, si la vaselina o el jugo de tabaco, si el yodo o un buen lijado seguido de una manita de aceite de linaza. Lo había probado todo. Pero su mirada alimentaba la mancha y, conforme pasaban los años, ésta se hacía, si cabe, más pronunciada.

Aquel círculo de un gris nebuloso señalaba el lugar que había ocupado diariamente, mientras vivía su padre, un bú-